



I

EL HOMBRE Y LA BESTIA

CUANDO, POR MOTIVOS diversos, se muere una bestia de granja antes de la hora prevista, ya sea ternera, cordero o cerda, no es extraño que alguien diga: «¡Mejor *ella* que nosotros!» —y aquí utilizo a propósito un femenino singular, «ella», «la bestia»; un femenino singular extremadamente heterogéneo que engloba una infinidad de alteridades.

En general me limito a asentir porque, de hecho, es cierto: si se tratara de escoger, yo escogería continuar viva y que muriera la bestia, porque a mí *me interesa vivir*. Pero, bien mirado, la bestia y yo estamos en posiciones tan alejadas que las posibilidades de que muera ella son muy superiores a las posibilidades de que muera yo. La bestia, ya sea ternera, cordero o cerda, habrá sido arrancada de su madre a una edad prematura. Es probable que haya nacido muy lejos y que haya recorrido kilómetros en un camión con otros animales y patógenos mezclados. Vivirá



en un espacio demasiado pequeño para sus necesidades y tendrá una alimentación a base, sobre todo, de piensos concentrados, para garantizar la máxima producción en detrimento de su salud digestiva. En definitiva, una acumulación de estrés que deprime el sistema inmunitario y facilita las infecciones y los desórdenes fisiológicos de todo tipo —al menos en el sistema de producción intensiva predominante. Pero, ante todo, la bestia no habrá tenido la opción de escoger nada de todo eso: le ha tocado vivir así porque ese es el sistema que los seres humanos hemos diseñado para proveernos de alimentos de origen animal. La bestia está a nuestra disposición.

De hecho, cuando un ganadero me dice «¡Mejor ella que nosotros!», no me dice «Podría habernos tocado a nosotros en lugar de tocarle a ella», sino «Nosotros, a pesar de que moriremos algún día, tenemos otros propósitos en la vida; ella, en cambio, existía solo *porque tenía que morir*». La bestia tiene un único destino, el destino que nosotros le hemos dado: en este caso, servir de alimento. Por eso, su vida vale tan solo el precio que nosotros le queramos poner. Nuestra vida, por el contrario, no tiene precio.

A veces, cuando me dicen «¡Mejor ella que nosotros!», contesto que seguramente ella, la bestia, no

opinaría lo mismo. Esa ocurrencia nos hace reír. Reímos porque todo el mundo sabe que la bestia no tiene la capacidad para opinar y es incapaz de oponerse a nada. Pero también reímos para tapar una pequeña incomodidad que nos nace dentro y que amenaza con convertirse en malestar: el hecho de saber, de alguna manera, que es verdad; que, pese a todo, a la bestia *le interesa vivir*, exactamente igual que a nosotros. Mejor reír que afrontar una inquietud como esa. Podría hacer tambalear hasta los más sólidos cimientos del mismo cristianismo y uno de los pilares fundamentales de la civilización humana: que el hombre es el único ser vivo que tiene intereses y que es legítimo que los ejerza por encima de los otros seres no humanos.

La dicotomía Hombre/Naturaleza, que aquí llamaré igualmente Hombre/bestia, no deja de ser asimilable a cualquiera de los dualismos que conforman la cosmovisión cristiana: Orden/Caos, Luz/Oscuridad... Lo que el Hombre representa —el orden, la luz— debe prevalecer sobre su contrario. La creación que explica el Génesis lo deja bien claro: la naturaleza entera está a nuestra disposición, y, por lo tanto, si a *ella*, a la bestia, le interesa vivir, es solo para complacernos. Cualquier incomodidad que nos pueda asaltar no es más que un vestigio

primitivo de sentimentalismo de cuando el hombre vivía *como un animal* y era indisociable de monos y selva. Un sentimentalismo que pesa dentro de nosotros como la abrumadora carga de una inferioridad atávica que nos asimila al animal y que, sea como sea, hay que erradicar, en el nombre de ese progreso y de esa razón que nos han catapultado a lo más alto de la creación.

Después del cristianismo, la ciencia se ha encargado de perpetuar esa visión dual y excluyente de la bestia y el humano; la ruptura flagrante de la humanidad con el mundo natural parece, hoy en día, insalvable. Es evidente que el Hombre —un Hombre en masculino singular y con mayúscula, que no es heterogéneo en absoluto y que se refiere únicamente a ese varón adánico hecho a imagen y semejanza de Yahvé— ha seguido escrupulosamente los preceptos de un dios con rostro antropomorfo de macho y se ha autoproclamado dueño y señor de la bestia, ya sea ternera, cordero o cerda; ya sea río, bosque o selva; ya sea bruja, india o travesti.

EL MITO DE LA CREACIÓN... O DE LAS CREACIONES

EMPECEMOS POR EL PRINCIPIO: el de la tradición judeocristiana, es decir, el mito de la creación, que da comienzo al libro del Génesis.

La palabra *mito* evoca una narración de cariz fantástico y del todo inverosímil; atributos, esos, que se ajustan bien a la naturaleza del texto que nos ocupa. Las leyendas mitológicas se asocian a dos funciones básicas: la de permitir afrontar y soportar experiencias difíciles o comprometidas, y la de facilitar la cohesión social entre grupos que se unen y cooperan en torno a unas creencias comunes.

El relato de la creación del Génesis es un mito entre muchos otros mitos, un mito inspirado en mitos más antiguos, un mito que no tenía nada de especial pero que se convirtió en el que probablemente es uno de los relatos más extendidos y hegemónicos de toda la humanidad. En ese mito,

la tierra, la vegetación y las bestias quedan reducidas a aquel femenino singular desdibujado y heterogéneo: un femenino singular, ella, que equivale al caos. El Hombre, en cambio, se erige como un masculino singular único y constituye el orden. El relato de la creación es un mito muy poderoso que cumple bien las dos funciones antes mencionadas. Por un lado, permite afrontar sin remordimientos el hecho de explotar y destruir otras formas de vida —es la mano del Hombre ordenando el caos—; por el otro, permite la unión de un número inmenso de personas de cualquier parte del mundo alrededor de una misma creencia: que hemos sido hechos a imagen y semejanza de Dios y que nos ha sido otorgado un poder superior. A pesar de todo, una lectura esmerada de ese mito nos permite descubrir en él, también, a un dios o unos dioses imperfectos que fracasan, que dudan y que temen a la bestia tal como debía de hacerlo el hombre que los inventó y plasmó sus acciones en los textos sagrados del Antiguo Testamento.

El mito de la creación está dividido en dos partes que corresponden a los dos primeros capítulos del Génesis. En el primero, Elohim —llamado «Dios» en la Biblia de Jerusalén—, una entidad independiente y antropomorfa completamente

enajenada de la materia caótica que conformaba el universo, crea en cinco días el cielo y la tierra, la luz, el firmamento, los continentes, el mar, la vegetación y los animales marinos y alados. El sexto día crea «animales vivientes según su especie: bestias, reptiles y alimañas terrestres según su especie» (Gn 1,24), y después se dice a sí mismo, en un plural que es bastante revelador: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra; que manden en los peces del mar y en las aves del cielo, en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todos los reptiles que reptan por la tierra» (Gn 1,26).

Aunque en ese pensamiento solo tiene cabida el hombre, a la hora de la verdad Elohim crea de golpe la pareja completa, hombre y mujer. Entonces les comunica el propósito que les tiene reservado: «Sed fecundos y multiplicaos, henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves del cielo y en todo animal que reptan sobre la tierra» (Gn 1,28). Y aún añade:

Ved que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la faz de toda la tierra, así como todo árbol que lleva fruto de semilla. Todo ello os servirá de alimento. A todos los animales terrestres, a todas las aves del cielo



y a todos los reptiles de la tierra, a todo ser animado de vida, les doy la hierba verde como alimento.

Gn 1,29-30

Así, podemos pensar que fueron los carnívoros estrictos, y no un hombre o una mujer, los primeros herejes de la historia y que, si ellos decidieron desobedecer los preceptos divinos, es verosímil que también la pareja humana tuviera reservas respecto a ese dios omnipotente.

Pese a todo, la creación del hombre y de la mujer es la obra maestra de Elohim y culmina la creación del mundo. A continuación, Dios se toma un día entero para descansar y contemplar su obra; hay que dejar que las cosas reposen y observarlas con perspectiva para poder hacer de ellas una buena valoración.

Lo que descubre entonces debe de darle un buen disgusto.

La vegetación que había creado se ha convertido en selva, en bosque, en manglar, en sabana: un laberinto impenetrable de tallos y ramas, de troncos y hojas, de verde y negro, que crece a sus anchas y que parece tener voluntad propia. Los animales que había introducido en ella se escabullen, tímidos y esquivos, huyendo como almas que lleva el diablo de su mirada solemne, quizá por miedo a que los



relegue a un genérico triste e insuficiente —«animales»—, quizá para escapar de la etiqueta de seres inferiores y subdesarrollados, o quizá, simplemente, porque no tienen ningún interés en Dios.

Esos animales habían llegado antes que los humanos y no estaban sometidos a sus miradas judicativas. Su desnudez no era desnudez en absoluto, porque no existía lo contrario. A falta de un Hombre que decidiera quién podía considerarse un «Sujeto» y por qué, todas esas bestias tenían que ser, por fuerza, Sujetos de pleno derecho en su mundo particular y valioso. Pero es que, además, el primer hombre que los mira no es un hombre solo: es una pareja, hombre y mujer, mujer y hombre, que se ven absolutamente reflejados en la bestia. Esos humanos, hechos en igualdad de condiciones, son capaces de dialogar entre sí y de cuestionarse las órdenes de un Elohim/Dios todopoderoso que hasta el momento había parecido muy seguro de sí mismo y muy poco dado al equívoco. Más aún: tal vez, viendo que los animales no tienen ninguna misión trascendental y campan libres por el mundo, despreocupados y salvajes, y sabiéndose animales ellos también, hombre y mujer creen conveniente escuchar lo que los ciervos y los osos vienen a decirles en sueños y, en lugar de llenar y dominar la tierra,

deciden habitarla con respeto y servirse con mesura de todos los bienes naturales, de los que forman parte indisociable.

El séptimo día, Elohim se lleva un gran sobresalto: al igual que el doctor Frankenstein, ve cómo la bestia se levanta ante él y se lleva las manos a la cabeza.

La bestia es un monstruo sabio y enormemente complejo. James Lovelock, muchos años más tarde, la llamó Gaia.

Pero la creación no se acaba ahí. En la traducción laica del Génesis, después de Elohim aparece un tal Yahvé Elohim, al que la Biblia de Jerusalén llama Yahvé Dios y al que aquí llamaré Yahvé a secas. Según Arthur Dobb (2021: 253-259), Elohim y Yahvé son dos dioses diferentes, y Yahvé aparece para enmendar el «desastre» que ha creado Elohim. En otras palabras, aparece para ordenar Gaia.

La segunda creación, que corresponde al segundo capítulo del Génesis, se considera un complemento de la primera porque en ella se explica, con más detalle, la creación del hombre y de la mujer. Pero hay algunas diferencias sustanciales que enseguida nos pueden hacer creer que, o bien Dobb tenía razón y hay dos dioses diferentes que hacen dos creaciones diferentes, o bien hay un solo dios que, después de contemplar su obra durante el día de descanso y,

quizá, durante unos cuantos milenios más, deja de sentirse tan satisfecho como lo estaba el sexto día y decide, contra todo pronóstico, repetirla.

En la segunda creación, Yahvé crea la tierra y el cielo y, seguidamente, crea al Hombre a partir de un puñado de barro, ya que «no había aún en la tierra arbusto alguno del campo, y ninguna hierba del campo había germinado todavía, pues Yahvé Dios no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre que labrara el suelo» (Gn 2,5). Parece, pues, que para Yahvé es imprescindible que haya un hombre para que pueda haber vegetación, así que primero hace al Hombre. El Hombre de la segunda creación es *Él*, Adán: el Hombre a solas.

Después de hacer al Hombre, Yahvé planta un jardín en el Edén con árboles, plantas y ríos. El jardín del Edén es un jardín doméstico, es decir, un espacio ordenado, racional y controlable. Es el *locus amœnus* de los clásicos latinos y del Renacimiento. La naturaleza ideal.

No es hasta más tarde cuando Yahvé se da cuenta de que el Hombre está muy solo y decide proporcionarle un poco de compañía: entonces crea a todos los animales de la tierra y del cielo y, antes de que puedan huir a toda prisa, los captura y los lleva ante el hombre para ver qué nombre les dará. Dios lo

considera, lo estudia, toma nota. No tiene nada que decir o no sabe qué decir sobre esa cuestión. Y, no obstante, el Hombre «no encontró [en los animales] una ayuda adecuada» (Gn 2,20). Por eso Dios crea a la mujer a partir de la costilla del Hombre y el Hombre queda, finalmente, satisfecho. Yahvé, que, al revés que Elohim, no es un dios autoritario con afán de mandar, se comporta como un padre separado que quiere ser el preferido del hijo y consiente al Hombre con devoción poniéndolo todo a su alcance, hasta que se retira convencido de que el hijo único y amado ha interiorizado bien el mensaje: «todo te pertenece».

Adán ha llegado para dominar al resto de criaturas, incluida una mujer que ha salido de su propio cuerpo y que ha aparecido más tarde. Demasiado tarde. Así como la pareja de la primera creación se tuvieron en cuenta el uno a la otra para tomar decisiones, la mujer de la segunda creación, Eva, no tiene ni voz ni voto. No es extraño que, aburrida de ser uno más de los diversos objetos decorativos del paraíso, un buen día se entretenga en hablar con una serpiente. Según el mito de la segunda creación, la mujer y la bestia tienen más cosas en común entre sí de las que ni la una ni la otra tendrán nunca con el Hombre: han sido hechas después de Él y están a su disposición.

El patriarcado ya hacía tiempo que se abría paso en diferentes civilizaciones humanas, y ese hecho se ve reflejado en las religiones que precedieron al monoteísmo: por ejemplo, la de la antigua Grecia, donde el poder estaba en manos de dioses masculinos que lo ejercían de forma violenta, y donde la figura femenina ya representaba la causa de todos los males —recordemos que la primera mujer que apareció, según esa religión, en un mundo exclusivamente de hombres fue Pandora, a quien se le atribuye haber liberado todas las desgracias de la humanidad después de abrir una caja. Pero es que, en el mito judeocristiano de la creación, no existe ni siquiera un dios femenino; ni una Hera que haga un poco la puñeta a un Zeus todopoderoso, ni una Artemisa capaz de asesinar a un gigante como Orión, y tampoco existe una mujer capaz de oponerse al hombre en el mundo terrenal.

El patriarcado sale del monoteísmo reafirmado y más fuerte que nunca.